

EL ÚNICO CAMINO

Hermógenes Patón

EL ÚNICO CAMINO


ESDRÚJULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, octubre 2022

© Hermógenes Patón, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Diseño de cubierta: Ana María Botero

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1340-2022

ISBN: 978-84-125542-9-8

Impreso en España · Printed in Spain

A Isabel siempre, porque gracias a ella esta historia ha llegado a buen puerto y por haberme aportado uno de los personajes más fascinantes de toda la novela.

El Único Camino
PRIMERA PARTE

—Pase. Don Paco le espera. —El enorme matón que flanquea la puerta acompaña sus palabras con gesto displicente. Antonio se levanta y se dirige hacia la entrada del despacho intentando mantener cierta dignidad en su postura y en su caminar, aunque siente que el mundo le pesa demasiado y que ese peso le encorva y le hace agachar la cabeza. Procura recomponerse una vez más antes de atravesar el umbral, intenta infundirse valor y avanza hacia el interior de la estancia. Ante él se abre un despacho lujoso, enorme, con un ventanal que ofrece unas espectaculares vistas de la ciudad con la Alhambra al fondo. Todo lo que le rodea muestra que aquel lugar es el epicentro del poder: desde las fotografías que por todas partes muestran a don Paco con políticos, banqueros, altos dignatarios extranjeros, deportistas de élite, cantantes, actores, directores de cine, escritores... hasta las caras y exclusivas obras de arte que lo pueblan. Todo sirve para glosar lo obvio: la riqueza, el poder, la ambición.

—Toma asiento, por favor. —Don Paco le ofrece cortésmente que se siente sin ni siquiera mirarlo, centrado en la llama con la que enciende un enorme puro.

Antonio se deja caer en la silla, la cabeza hundida entre los hombros, los ojos mirando a sus pies. Una gran nube de humo comienza a deslizarse lentamente entre la mesa que separa a los dos hombres, mientras don Paco sigue encendiendo su puro con fruición, aumentando a cada chupada la etérea nube gris que sigue acumulándose en blandos movimientos.

—Espero que no te moleste el humo. Un amigo acaba de obsequiarme con estos habanos y no he podido resistirme a probar uno.

—No hay problema, don Paco. —Apenas un murmullo que casi no logra atravesar la barrera de humo que los separa.

—¿Don Paco? Pero, bueno, Antonio, ¿es que ya no me reconoces? ¡Mírame bien, hombre! ¡Soy Paco!... ¡Paquillo! ¡Si éramos vecinos en el barrio! ¡Vamos al mismo colegio y al mismo parque a jugar. Alguna vez creo recordar que hasta jugamos juntos al fútbol. Sé que soy algo más joven que tú, pero seguro que te acuerdas de mí...

Entre la nube de humo comienza a emerger el rostro de don Paco. En ese momento una serie de recuerdos como imágenes de películas antiguas se agolpan en la mente de Antonio. El antiguo barrio obrero en el que se crió, sus amigos de la infancia jugando en el colegio, en el parque, las clases con don Evaristo y sus golpes con la regla en la mano, la Loli (¿cómo estaba la Loli!), su madre preparándole la merienda y él saliendo a todo correr para jugar al fútbol con sus amigos... y, en medio de todos esos recuerdos de infancia de familia pobre y feliz, aparece la figura de Paquillo el Man, como era conocido en el barrio. Ese chiquillo cabrón que pese a ser más pequeño que todos ellos siempre los tenía amedrentados. Paquillo, con

su navaja siempre lista; Paquillo, el que les robaba la merienda en el colegio como haciéndoles un favor; Paquillo, siempre castigado o expulsado, siempre en medio de cualquier bronca, siempre dispuesto a dar y recibir golpes; Paquillo, el que te zancadilleaba por detrás jugando al fútbol y, cuando estabas en el suelo doliéndote, aprovechaba para escupirte y reírse de ti. ¡No me jodas! ¡El cabrón de Paco el Man!

—Veo por tu cara que sí te acuerdas de mí, Antonio. Sé que es difícil olvidarse del Man, sobre todo teniendo en cuenta lo cabrón que era en aquella época. Un pequeño delincuente, ¿eh? Cada vez que recuerdo aquellos años... —Don Paco se repantinga en el sillón y echa la cabeza hacia atrás, como trayendo a su memoria viejos recuerdos de aquel tiempo. Da una profunda calada a su habano y exhala el humo lentamente mientras una sonrisa mitad de orgullo mitad de añoranza se dibuja en su rostro. Sus ojos, pese a todo, no se han apartado del rostro tenso de Antonio, que no sabe cómo reaccionar ante la situación. Don Paco, entonces, continúa con la charla.

—Sin embargo, vosotros sí que erais decentes, ¿verdad? Tanto tú como tus amigos siempre fuisteis chicos obedientes, salvo alguna gamberrada dentro de lo normal. Siempre sacabais buenas notas, siempre volvíais a casa a vuestra hora, siempre evitabais los follones, siempre con miedo de los profes, de vuestros padres, de los maderos, de los macarras como yo... Por eso os admiraba tanto. Yo no dejaba de enfrentarme a todos y a todo. No había manera de que mi pobre madre me metiera en vereda. ¡Qué desastre! ¡No fui capaz ni de terminar la EGB! Por eso os admiraba, joder. Cuando me llevaron al trullo por primera vez, bueno, al reformatorio, mi madre no

dejaba de preguntarme por qué no podía ser un chico bueno y formal como el hijo de tal o cual vecina, que mira a Antonio o a Miguel o a Raúl, ya van al instituto y seguro que pronto irán a la universidad. Todo eso hacía que me sintiera inferior, un mierda a vuestro lado. Por cierto, Antonio, ¿fuiste finalmente a la universidad? —Antonio asiente—. ¡Claro que sí! ¡No podía ser de otra manera!

Don Paco acompaña su afirmación con un golpe en la mesa que sobresalta a Antonio.

—Tú hiciste lo que debías, seguiste el buen camino. Seguro que fuiste a la universidad, conseguiste una buena novia, luego un buen trabajo y ahora estás casado, con críos y viviendo esa vida que a la gente como yo nos está negada. Una vida normal. ¿Verdad que sí, Antonio? —Antonio vuelve a asentir, mientras sobre él se cierne el humo que exhala don Paco con morbidez.

Pausa. Don Paco se toma entonces un tiempo mirando a su puro, al humo que en enormes volutas cubre la estancia y a Antonio, cada vez más apocado en su asiento. Ninguno habla, ninguno retoma el hilo de lo que allí se ha dicho, como sopesando la situación. Antonio no sabe si el hecho de conocer a don Paco va a ayudarle en algo, aunque en su fuero interno no puede dejar de sentir una esperanza tan vana como imposible de obviar. Entonces se decide a romper el silencio.

—Mire, don Paco.

—¿Otra vez don Paco? Paco, joder, Antonio, tutéame, por Dios.

—Lo siento, Paco. Quería hablar contigo porque me encuentro en una situación un tanto desesperada.

—¿Y eso? —don Paco pregunta intentando mostrar preocupación, aunque sobreactúa y Antonio percibe ese pequeño tono mezcla de condescendencia e ironía.

—La vida no me ha tratado mal, Paco. Pero de un tiempo a esta parte me he visto envuelto en varios problemas económicos. Tenía unos pequeños ahorros y decidí invertir en un piso, pero ya sabes qué ha pasado con la burbuja inmobiliaria. Yo solo quería sacarle algo de rendimiento a mi dinero, pero la constructora quebró y nos dejó con el culo al aire frente al banco. —Antonio, pese a su nerviosismo y su vergüenza inicial, va sobreponiéndose y comienza a contar su historia cada vez con más decisión—. El caso es que me vi con un montón de deudas de ese piso que nunca se ha terminado, tuve que recurrir a distintos préstamos, luego todo ha empezado a ir cada vez peor y mi sueldo ha comenzado a bajar considerablemente. Además, mi mujer perdió su empleo, con lo que no podíamos asumir los préstamos, las hipotecas del piso en el que vivimos y la de aquel en el que habíamos invertido. La situación se ha ido volviendo cada vez más desesperada hasta que, finalmente, el banco ha ordenado que debemos ser desahuciados de nuestra casa. ¡Imagínate! Al intentar hacer frente a los gastos de un piso fantasma, que nunca será construido, nos hemos visto abocados a la calle. Tengo un hijo, ¡por Dios! Y el banco no nos ofrece ninguna solución.

Antonio respira, por fin. Siente que ha soltado lastre. Lleva meses acumulando miedo, rabia, tensión y se ha sentido incapaz de contarle a nadie sus problemas. Nadie, ni amigos, ni familia, ni siquiera su mujer, conocen la situación en que se encuentra. Ha intentado ir tapándolo todo como ha podido,

pidiendo pequeños préstamos para ir salvando un mes tras otro; haciendo malabares con un sueldo cada vez más reducido. Y hoy, por fin, ante Paquillo el Man, ha descargado su pesadumbre.

Don Paco ha escuchado atentamente el relato de Antonio, asintiendo cada cierto tiempo, mostrando cierta comprensión ante lo que contaba, pero sin perder en ningún momento esa sonrisa sarcástica y autosuficiente que asoma en sus ojos y parece acompañarlo desde la entrada de Antonio a su despacho.

Tras una medida pausa dramática, que a Antonio se le antoja eterna y que don Paco aprovecha para seguir deleitándose con su puro, Paco, Paquillo el Man, toma la palabra:

—A mí, la vida, la verdad, es que siempre me trató como a una mierda. Mi padre, como supongo que recuerdas, murió cuando yo era muy pequeño y mi madre tuvo que romperse el lomo fregando escaleras para que mis hermanos y yo pudiéramos sobrevivir. Por eso nunca estaba en casa, por eso nunca pudo darnos una buena educación, por eso y porque se sacaba un sobresueldo como puta en un club, tampoco te voy a engañar. Así que sí, puede decirse que soy un auténtico hijo de puta. —La risa con la que acompaña sus palabras es una risa estudiada, falsa, forjada a base de repetir una y otra vez el mismo chascarrillo—. El caso es que tuve que aprender a moverme en la calle, a buscarme la vida como podía. Tuve que hacerme fuerte, Antonio, hacerme fuerte y hacerme valer entre los demás. Pero aprendí, ¡vaya que si aprendí! A base de palos, pasando por el reformatorio una y otra vez, me di cuenta de cómo funcionaba el mundo. En el fondo, triunfar en esta vida es bastante sencillo: tan solo tienes que ser más fuerte,

más valiente, más capaz. No llegué a ir al instituto, ni mucho menos a la universidad, pero aprendí mucho en las calles, en la cárcel, en los putos antros donde se cuece toda la mierda de este mundo. —El orgullo comenzaba a inflamar las venas de su cuello—. Y allí me enseñaron el mecanismo de esta maquinaria podrida y corrupta que llaman sociedad civilizada. Pero no todo el mundo vale para eso Antonio, hay que tener olfato, saber moverse y rodearse de la gente adecuada y, sobre todo, aparcarse el miedo. El miedo que te impide enfrentarte a la vida, agarrarla por los cuernos y manejarla a tu antojo. El miedo que paraliza a la gente que, como tú, solo sabéis someteros a las reglas, a las normas, a una moral que os adocena y aburguesa para luego daros por el culo. ¿Adónde te ha conducido esa vida recta y cabal? ¿Adónde la honestidad y la integridad? —De nuevo esa pausa dramática con la que don Paco adorna sus palabras y que consigue tensar aún más a Antonio, que no sabe dónde mirar, no sabe cómo sentirse, no sabe qué pensar—. Sé que no eres un santo, joder, ¡claro que lo sé! Todos necesitamos nuestros esparcimientos, esos pequeños refugios en los que sentir que somos malotes, ¿eh? Seguro que has consumido drogas, defraudado a Hacienda, a lo mejor incluso le has puesto alguna vez los cuernos a tu mujer con una putilla... eso es basura, Antonio.

Antonio agacha aún más la cabeza, pero no encuentra refugio alguno. El tono y las palabras de Paco, Paquillo el Man, lo aplastan contra el respaldo de su asiento, siente que le oprimen las sienes y casi no le dejan ni respirar. «Yo he hecho lo que debía, joder, cómo se atreve a darme lecciones este cabrón. ¿Lecciones de qué, además?», piensa Antonio. Pero no

es capaz de rebatir las palabras de Paco. Sus pensamientos mueren antes de ni siquiera plantearse expresarlos, pues su interlocutor no está dispuesto a quedarse ahí.

—Y, sin embargo, cuando uno se atreve Antonio... cuando uno se atreve a tomar las riendas de su vida sin que nadie tenga que decirte ni qué, ni cómo, ni cuándo... entonces eres el puto amo. Cuando cobras conciencia de que puedes ser lo que quieras, de que puedes tener lo que quieras, de que solo necesitas atreverte a hacerlo... Entonces, Antonio, entonces es cuando puedes alcanzar lo que yo tengo. —Nueva pausa dramática—. ¿Has visto este edificio? ¿Este despacho? Soy un auténtico hijo de puta que disfruta de lo mejor de la vida: no hay lujo que no esté a mi alcance. Sí, he tenido que pasar por encima de alguna gente. He tenido que robar, que sobornar, que extorsionar, incluso a algunos les he tenido que pegar un tiro en su puta cabeza. Sí, ¡y qué! —Paco, envalentonado, ha apartado ya el puro y se ha levantado mostrando, con los brazos extendidos y con orgullo, todo aquello que en su despacho muestra su riqueza y su poder—. Pero uno no es nadie si no sabe de dónde viene y quién es su gente. Entiendo tu situación, Antonio. Has hecho lo que te han dicho que tenías que hacer. Y ahora qué. Ahora estás desesperado y necesitas recurrir a alguien como yo. Ahora necesitas a Paquillo el Man. ¿Te das cuenta de lo cruel y lo irónica que es la vida? Pero no te preocupes, Antonio, yo te voy a ayudar. Voy a hacer que encuentres el camino para salir de esta. Voy a darte la oportunidad que el mundo no te ha dado. Te han engañado, Antonio, pero yo no voy a hacerlo. Yo te voy a enseñar el camino.

Don Paco hace una nueva pausa que aprovecha para acercarse al mueble bar. Se sirve una copa mientras mira a Antonio y le ofrece otra con un simple gesto de cabeza. Antonio se encoge de hombros y Paco prepara dos copas iguales. Vuelve a la mesa. Recoge el puro del cenicero y vuelve a sacar el Dupont de oro para encenderlo otra vez. Enseguida, el habano retoma su producción de humo a gran escala, ávido por llenar la estancia con su aroma, con sus volutas inasibles, etéreas.

—Bueno Antonio, antes de nada, cuéntame más sobre tu vida. Al menos son 25 años sin saber el uno del otro. Ya sé que ahora no estás atravesando tu mejor momento, pero me gustaría saber más de ti. —Antonio se remueve en su asiento, cubriendo su rostro con la copa que acaba de recibir, bebiendo compulsivamente, más como muro de defensa que por gusto. En realidad, a él ni siquiera le gusta el güisqui—. ¿Te gusta, verdad? Es un güisqui de malta japonés y ha sido elegido este año como el mejor del mundo. Más de 1000 € la botella. Estos putos japos... Venga, cuenta.

—No hay mucho que contar. Ciertamente, mi vida ha sido bastante... previsible. Vista desde la perspectiva de mis casi 40 años, ha sido una vida normal, incluso anodina. Como tú dices, me he limitado a hacer lo que se esperaba de mí. Siempre tuve facilidad para estudiar y para los idiomas, así que seguí adelante con los estudios hasta que llegó el momento de ir a la facultad. —Antonio consigue ir relajándose a medida que va contándole su historia a Paco—. Me matriculé en Filología Inglesa y además estudié alemán en la Escuela de Idiomas. Al poco de terminar conseguí aprobar las oposiciones y hacerme funcionario: llevo casi 15 años como profe de instituto.

—¿Y te casaste? ¿Tienes críos?

—Sí, sí, me casé y tengo un hijo. Me casé con una chica que conocí durante los años de universidad. Se llama Julia. Cuando conseguí la plaza nos animamos a ser padres y entonces llegó Pedro. Tiene ya 11 años.

Paco lo mira como regodeándose en lo que oye. En sus ojos asoma una brillante luz de sarcasmo desmedido. Antonio no sabe interpretar bien lo que ve en el fondo de esos ojos, confuso como está por la situación en que se encuentra, pero a Paco solo le falta relamerse ante la historia que está oyendo.

—Así que, ya ves —Antonio recupera la copa, da un trago y se muestra aturdido por un instante al vislumbrar durante un segundo lo que dejan entrever los ojos de su interlocutor—, mi vida carece de interés. Es una vida típica, una de tantas...

—¿Y tu única alternativa soy yo? ¿Cómo has llegado hasta mí? —Paco de pronto cambia su tono. Ya ha oído suficiente de la historia de Antonio y parece haber decidido que ya es momento de hablar en serio.

—Bueno, esa es otra historia. —Antonio vuelve a esconderse tras la copa.

—Ya me imagino —replica Paco exhalando una enorme nube de humo que se desborda por los contornos de su boca—. Me gustaría oírla.

—Tan desesperado estaba —de nuevo la voz insegura y temblorosa del principio— que decidí jugarme el dinero de mi última nómina. Mis hermanos me comentaron que habían oído hablar a unos tipos en su bar acerca de unas partidas ilegales de póker donde se jugaba bastante dinero. Siempre se me dio bien el póker, en mis años de facultad conseguí sobrevivir en

muchas ocasiones gracias a las cartas sin tener que recurrir a mis padres, así que me dije ¿por qué no? Visité el bar de mis hermanos en un par de ocasiones, fui recabando información y finalmente logré enterarme de dónde se celebraban las partidas. Durante dos semanas esperé dominado por los nervios. A lo mejor era esta la oportunidad que estaba esperando; si se daba bien, a lo mejor podría aguantar un par de meses más con lo que sacara. —Antonio hace una breve pausa, intenta calmarse, apura su copa.

—¿Y? —le insta Paco, don Paco, Paquillo el Man.

—Creo que ya lo sabes, Paco. La cagué. Yo jugaba al póker en la facultad con otros niñatos como yo. Pero esto era diferente. Desde el primer momento me di cuenta de que poco podía hacer, pero aún así seguí confiando en que, en el fondo, yo me lo merecía más que ellos. Yo era una persona íntegra, honrada, nunca había hecho daño a nadie y siempre había seguido las reglas. El resto de los que allí había estaba claro que eran delincuentes, eran mala gente. Sus caras, sus gestos, sus palabras, sus ropas... todo en ellos mostraba que no eran de fiar, así que confié en el destino, en el karma, en la justicia poética del universo... ¡qué sé yo!

—Y lo perdiste todo.

—Sí, perdí todo lo que llevaba e incluso lo que no llevaba, mi próxima nómina. Vi la opción en la última mano. Tenía buenas cartas, la suerte estaba dando la vuelta...

—Eres imbécil. ¿De verdad creíste que ese atajo de cabrones iba a permitir que un pardillo como tú saliera de allí con su dinero? Te engañaron, Antonio, te lanzaron el anzuelo y picaste.

Paco se levanta, toma los vasos vacíos y se dirige de nuevo al mueble bar, donde sirve dos generosas copas de güisqui con hielo, antes de volver a su asiento y poner una de ellas al alcance de Antonio, quien inmediatamente coge el vaso entre sus manos y da un trago lento y largo, dejando fluir el líquido ardiente por su garganta, deleitándose en la intensidad de su sabor.

—Sí. De nuevo me engañaron. Parece que es el deporte nacional, engañar al tonto de Antonio, que no se entera de nada, que no sirve para nada. —Otra pausa, nuevo trago lento, este más corto—. Cuando todo terminó fue como abandonar un sueño y darte de bruces con un muro de realidad infranqueable. Esos tipos querían su dinero y yo no lo tenía. Ahora no solo tenía facturas impagadas y dos hipotecas que afrontar, ahora había apretado un poco más la soga en torno a mi cuello. Entonces me explicaron que tenía tres días para saldar la deuda. Se percataron de la desesperación en mi rostro y fue cuando uno de ellos me dijo que si necesitaba dinero urgente acudiera a ver a don Paco. A ti. Me dio un teléfono, llamé... y aquí estoy.

—Ya veo. —Don Paco fija sus ojos en los de Antonio antes de lanzarle su pregunta—. ¿Y qué sabes de mí?

—¿De ti? Nada. Absolutamente nada. No sabía ni que existías y mucho menos que eras Paquillo, el Paquillo de mi barrio.

—¿Lo ves, Antonio? Así funcionan las cosas. Soy una sombra apenas reconocible. Muy pocos saben quién soy o cómo llegar hasta mí. Y, sin embargo, vivo en el puto centro del mundo manejando los hilos que mueven a los pobres incautos como tú. —Ahora su risa es consistente, profunda, sincera—. Me ha

costado años de esfuerzo alcanzar mi sitio, pero puedo jurarte que ha merecido la pena llegar. No tengo amigos y apenas puedo confiar en un par de mis matones más fieles, pero estoy donde quería estar, pese a quien pese. Solo era un macarrilla de barrio sin futuro posible que no paraba de entrar y salir del reformatorio primero y de la cárcel después. Pero fue allí donde empecé a comprender cómo funciona el mundo, Antonio: el mundo es para los que se atreven, para los que no se asustan, para los que dejan a un lado los prejuicios, los escrúpulos, todo lo que te han enseñado sobre moral y buenas costumbres. Tú elegiste el camino de los débiles, pero yo no, Antonio. Yo no luché por ser parte del sistema... luché por ser el sistema. He tenido que quebrantar todas las leyes y todas las normas humanas y divinas, pero lo hice a conciencia porque quería llegar hasta donde estoy. Probablemente no dure mucho aquí, pero he conseguido vivir mi vida a mi manera sin seguir el camino de baldosas amarillas que no conduce a ninguna parte. —Paco da un largo y profundo trago a su güisqui, hace una mínima pausa y decide entonces cambiar de tercio, dejar de intimidar a Antonio y retomar el relato de sus logros—. Yo me dediqué durante unos años a traficar, que si un poco de costo, unos gramillos de farlopa o de heroína... Pero pasar entre la gente del barrio suponía no ganar apenas dinero y tener siempre a los maderos detrás de mí. Decidí entonces dar un pequeño salto y acudir a los que más dinero tenían. Yo sabía que era difícil ser el camello de los más ricos y poderosos, es un mercado muy cerrado, pero supe cómo acercarme a ellos. Empecé a pasar entre los universitarios. Pero no eran los universitarios pobres y becados como tú los que me interesabais.

Rápidamente fui acercándome a los niños de papá, a los niños pijos que están podridos de dinero y de vicio. Es muy fácil llegar hasta ellos y que te acojan. Solo tuve que ser el camello perfecto. El que siempre está ahí, el que les fía, el que les soluciona sus problemillas con algunos compañeros macarras o con algún antiguo traficante. Hice de camello fiel y servicial y me gané su confianza. No hay manera más fácil de acercarte a la gente que procurarles sus vicios. A través de sus pecados empecé a formar parte de su círculo. No había fiesta a la que no asistiera ni amigo al que no me presentaran. Solo les faltaba invitarme a cenar a casa con sus papás. Pero de eso ya me encargué yo. A algunos, sus vicios los llevaron a acumular tantas deudas conmigo que no me quedó más remedio que acudir al origen de su dinero: a sus padres. Ante estos me mostré también sumiso, educado y dispuesto a colaborar, siempre que cubrieran las deudas de sus hijos, claro. Pero mi humildad, mi respeto y mi saber hacer me fueron acercando a mis verdaderos objetivos: los que realmente tenían el dinero y el poder: políticos, jueces, banqueros, empresarios... si sus hijos eran unos putos viciosos, no puedes hacerte una idea de cómo eran los papás. Por fin iba consiguiendo lo que buscaba. Si te ganas la confianza de esta gente, te muestras humilde ante ellos y les consigues lo que pretenden, los tienes en el bolsillo. No me limité a convertirme en su camello. Fomenté sus vicios, sus más oscuras perversiones, me hice un hueco en sus vidas, un hueco tan importante y vital para ellos que ya no podían prescindir de mis servicios. Fui extendiendo mi red de conseguidores, como llamo a mis chicos, y así he logrado llegar hasta donde estoy. Soy un mero seguidor. Procuero cubrir las necesidades básicas de mis clientes, Antonio.

Porque las necesidades básicas de los ricos y poderosos no son las de comer, beber o vestirse, sino sus vicios. Si tú consigues conocer y dominar los vicios de la gente, puedes llegar a controlar su alma. Su deseo es cada vez más insaciable, siempre en busca de más, y de mejor... y ahí estoy yo. Soy el chico para todo, para todo aquello que nadie debe conocer. Guardo sus peores secretos, me encargo de tirar la basura donde nadie pueda encontrarla y por eso los domino.

Paco apura la copa con un largo trago que concluye con un sonoro chasquido de satisfacción. Antonio, por su parte, tiene la sensación de estar asistiendo a alguna película. Todo esto le parece irreal. «¿Esto es en serio?».

—¿Lo entiendes ahora? Tú y todos los que son como tú os creéis mejores que yo, con vuestros estúpidos principios cristianos y burgueses. Solo los valientes que hemos conseguido derribar ese muro de estupidez hemos alcanzado la felicidad de disfrutar de la vida en toda su extensión. Porque para mí no hay límites que puedan frenarme. ¿Te enteras? Ahora ostento el poder porque domino a los poderosos. No son más que animales perversos y corruptos, capaces de lo peor. Y yo los manejo a mi antojo. Manejo a tus políticos, a tus banqueros, a tus vecinos... puedo comprar a tu familia o puedo comprarte a ti.

Antonio se remueve incómodo en su asiento, incluso parece hacer ademán de levantarse, aunque sabe que ni puede ni debe hacerlo. Paco se da cuenta de ello y hace un mínimo gesto con la mano para detenerlo.

—Siento haberme exaltado. Pero espero que me entiendas. Tienes que cambiar tu perspectiva del mundo que te rodea. Te voy a ofrecer una última oportunidad para ser valiente.

El único camino que te queda para reivindicarte y hacer algo que deberías haber hecho hace mucho tiempo.

Al finalizar estas palabras, Paco pulsa uno de los botones que esconde bajo la mesa para abrir la puerta de entrada a su despacho. Inmediatamente entra el matón que antes le dio paso a Antonio.

—Tony, acompaña al señor Antonio abajo y quédate con él hasta que yo baje. Antonio, espero que no te moleste, pero tengo que hacer un par de llamadas y enseguida estoy contigo. No te preocupes por nada. —Antes de terminar sus palabras ya tenía el teléfono pegado en la oreja.

Antonio, perplejo y descolocado, se levanta de su asiento y se dirige hacia la puerta del despacho, donde lo espera Tony.

—Sígame, por favor —le indica Tony nada más franquear la puerta del despacho.

Antonio, todavía tan perplejo como asustado, asiente y camina tras el enorme Tony. Es realmente grande este Tony. Su aspecto de matón se acentúa aún más con su impecable traje gris marengo, su corbata negra, sus gafas también negras y ese pequeño auricular insertado en su oreja. Con paso decidido, adentra a Antonio por un pasillo lateral en el que no había reparado al llegar y lo conduce hacia un ascensor diferente del que tomó para subir hasta el despacho de Paco. No sabe adónde van ni se atreve a preguntárselo, pues Tony no parece muy dispuesto a hablar con él. Simplemente se deja llevar, a sabiendas de que ya han decidido por él y no puede hacer nada para impedirlo. Ante ellos se abre la puerta del ascensor y Tony, educadamente, le invita a pasar. Una vez dentro, saca una llave y la inserta en el panel de control, debajo de

todos los botones. Inmediatamente, el ascensor comienza a bajar. El enorme matón se planta junto a Antonio con las manos cruzadas sobre su abultado abdomen. La situación es totalmente incomprensible para Antonio. No entiende cómo es posible haber llegado hasta allí, un ascensor privado que le conduce hasta las entrañas de un enorme edificio que parece querer engullirlo. El descenso es rápido y provoca un escalofrío en Antonio que recorre toda su columna vertebral. El miedo, la impaciencia, la duda, lo insólito del momento comienza a generar en Antonio un estado de ansiedad que el enorme Tony parece percibir de inmediato.

—Enseguida llegamos. Es que estamos bajando muchos pisos y este es un ascensor muy rápido. Pero no se preocupe, es seguro.

Las palabras del matón no calman a Antonio. Su ansiedad no es fruto de la rapidez del ascensor, su ansiedad surge del desconcierto y del miedo. Debería intentar tranquilizarse, Paco le ha dicho que va a prestarle su ayuda, que le va a enseñar el camino para salir de este embrollo. Y, sin embargo, no puede dejar de sentir un miedo oscuro y correoso que se le pega al cuerpo. En ese preciso instante, el ascensor comienza a detenerse, con un primer frenazo contundente y un suave y amortiguado descenso final.

En el momento en que las puertas del ascensor se abren, Antonio ve ante sí un enorme pasillo mal iluminado con las paredes de hormigón. Sin duda, están en los sótanos del edificio, lo que no lo tranquiliza precisamente. Tony de nuevo abre la marcha y conduce a Antonio a través de ese largo pasillo que los lleva directamente a una puerta de seguridad. La abre,

con la misma llave con la que había anteriormente accionado el ascensor, y lo invita a pasar. La habitación se encuentra totalmente a oscuras, por lo que Antonio es incapaz de ver absolutamente nada. El miedo vuelve a morderle en el centro del estómago, esta vez con más fuerza. No puede pensar. Solo oye su respiración agitada y el latir de su corazón en las sienes. Tras un instante de oscuridad total, Tony enciende por fin las luces de la habitación, dos fluorescentes a los que les cuesta estabilizarse y que poco a poco van iluminando una sala oscura, austera. Antonio la estudia entonces atentamente y solo le viene a la cabeza una imagen: la sala de interrogatorios de una comisaría de peli americana. Una mesa rectangular con dos sillas a cada lado y un gran espejo en una de las paredes laterales. Nada más. Las paredes, como en el pasillo, son también de hormigón y la iluminación es precaria, con uno de los dos fluorescentes en constante parpadeo. El miedo no le da tregua a Antonio. Ha intentado mantener las esperanzas en todo momento, no dejarse vencer por las malas sensaciones, pero es imposible. No hay nada en esta situación que le permita ser positivo. No hay nada que le permita atisbar un rayo de esperanza.

—Siéntese, por favor. —Tony le señala una de las sillas. Antonio, cabizbajo e inerme, toma asiento totalmente abatido—. El jefe no tardará en bajar.

Tony se cuadra frente a la puerta en esa actitud perenne de matón de discoteca, impertérrito como una estatua.

Con la cabeza enterrada entre sus manos, Antonio va hundiéndose en la angustia cada vez más. «¿Cómo es posible que me vea en esta situación? Lo único que he hecho a lo largo

de mi vida ha sido estudiar, trabajar y luchar para intentar sacar mi vida y la de los míos adelante. Sí, vale, no soy un santo, no soy perfecto, pero, joder, básicamente he respondido a lo que se suponía que debía hacer. No puedo entender que ahora me encuentre aquí, desesperado, en manos del cabrón del barrio, ¿por qué ese cabronazo es el que maneja la situación? Esto no debería ser así. Yo he sido el que ha hecho lo correcto. ¡Él no! ¡Él es un puto gánster! ¿Qué mierda de mundo tenemos si todo lo que nos cuentan no son más que milongas, si al final solo los que no tienen escrúpulos ninguno son los que tienen el poder? ¡No puedo más...!».

Dos fuertes golpes en la puerta interrumpen el discurrir de los pensamientos de Antonio. Levanta la cabeza hacia la entrada y ve cómo Tony se aparta, saca de nuevo su llave y abre para que entre Paco, Paquillo el Man.

—¡Ya estoy aquí! —Paco entra en la habitación exultante, rebosando vitalidad—. ¿Llevas mucho tiempo esperando? —Está claro que a Paco le importa bien poco la respuesta de Antonio, que ni siquiera intenta contestar.

Tony hace ademán de salir de la habitación, pero Paco lo detiene con un mínimo gesto de su mano y el matón vuelve a su posición junto a la puerta.

—Lo prometido es deuda, Antonio. He dicho que iba a ayudarte y vengo a eso. Espero que la charla que hemos tenido te haya abierto un poco los ojos, porque desde que el mundo es mundo esto ha funcionado así. Los de arriba eligen la música y ponen a la gente a bailar. Y yo, afortunadamente, he sabido acercarme a ellos y aprender. No he estudiado de un modo convencional como tú, Antonio, pero te aseguro que

he aprendido más que la mayoría. Y, si no más, te aseguro que mejor, porque lo que he aprendido me ha servido para conseguir la vida que quería, la vida que queremos todos.

—Tu vida no es la que queremos todos. —Antonio consigue sobreponerse a la situación, cansado de seguir con la cabeza agachada—. Yo nunca he querido ser un... un...

—Ya, ya, ya —le interrumpe Paco—. Eso es lo que quieres creer. ¡Dios mío! ¿Todavía no te das cuenta? Estás tan adocenado... De modo que nunca has robado, ¿verdad? ¿Así que nunca te han entrado ganas de atracar un banco? Viendo cómo esos cabrones roban y estafan a todo el mundo, nunca se te ha pasado esa idea por la cabeza.

—Eso es distinto.

—¿Distinto? La única diferencia entre querer atracar un banco y hacerlo es el miedo a que te pillen. ¡No me jodas, Antonio! Te lo dije antes y te lo repito. Tu mayor enemigo, como el de la mayoría de borregos que pueblan nuestro país, es el miedo. El miedo os paraliza y no sois capaces ni de protestar.

Paco hace una pausa para encenderse un cigarrillo. Se toma su tiempo para sacar la pitillera, coger uno de los pitillos, golpearlo contra la pitillera por ambos extremos. A continuación, busca su exclusivo encendedor y enciende el cigarrillo con toda la calma, levantando su cara para exhalar el humo hacia el techo.

—Por eso he decidido ayudarte. Para que ahora demuestres que sí quieres cambiar, que eres valiente y puedes tomar las riendas. Quiero que me demuestres que eres capaz de no acobardarte y que por tu familia vas a superar tus miedos. Te voy a dar la oportunidad de salvarlos, Antonio. ¿No era eso lo que querías? La oportunidad de darles una vida

feliz, sin deudas, sin hipotecas, sin agobios, dedicados a lo único que importa, a vivir. —Paco hace una nueva pausa y da una calada a su cigarrillo—. Aquí y ahora puedes asegurar el futuro de los tuyos. Pero, eso sí, debes demostrarme que eres realmente valiente.

Antonio no sabe cómo interpretar las palabras de Paco. Debería alegrarse, pero no puede. Sabe que tras las palabras de Paco se esconde algo más. En ningún momento ha dejado de percibir el resentimiento de Paco en todos sus comentarios. En ningún momento ha dejado de sentir el ánimo de revancha en la actitud y las palabras de Paco. Sabe que siempre odió a los que como él fueron capaces de llegar algo más lejos. Está seguro de que la propuesta de Paco, sea cual sea, no le va a gustar.

Paco apaga el cigarrillo contra el suelo, mira a Antonio a los ojos exhalando aún el humo de la última calada y, esbozando una sonrisa, mete la mano derecha en la cara interna de su chaqueta, saca una pistola y la deposita, con gesto firme, sobre la mesa.

Antonio se echa hacia atrás, asustado.

—Aquí estamos, Antonio. Este es el momento. La cuestión es muy sencilla. Estoy dispuesto a ayudar a tu familia, a saldar vuestras deudas y a ofrecerles un futuro sin preocupaciones económicas. ¿Te parece bien?

—Sí, claro que sí. —La voz de Antonio apenas le sale del cuerpo.

—Pero necesito que me demuestres tu valentía. Necesito que me demuestres que eres capaz de cualquier cosa por los tuyos.

Antonio afirma con la cabeza con un movimiento nervioso.

—Pues ha llegado el momento. Aquí tienes una pistola cargada y lista para ser usada. ¿Sabes cómo funciona?

—Más o menos.

—¿Sí o no, Antonio?

—Sí. Mi padre me enseñó a manejar armas siendo yo pequeño.

—Mejor así. Pues quiero que cojas esa pistola y te pegues un tiro, Antonio. Quiero que te quites la vida hoy, aquí, ahora. Quiero que des tu vida por los tuyos. —Antonio empalidece al instante—. No hay gesto más generoso ni más heroico que uno pueda realizar por su familia. Tu vida a cambio de la suya. Tú te matas y yo me encargo de los tuyos. Me encargaré personalmente de que tengan un futuro sin preocupaciones. Pero, antes, quiero que me demuestres que eres un valiente. Quiero que me demuestres que tu vida no vale un carajo y que por eso no te importa perderla, porque al menos, salvando a los tuyos, tu miserable vida tendrá algún sentido.

Paco vuelve a sacar con calma y parsimonia otro cigarrillo y lo enciende, deleitándose en la contemplación de un Antonio hundido, con la mirada perdida en el vacío, completamente derrotado. Mientras fuma su cigarrillo, en los ojos de Paco vuelve a asomar la arrogancia de la victoria segura y sin paliativos. La venganza de Paquillo el Man sobre todos aquellos que lo miraron por encima del hombro y lo despreciaron por ser un hijo de puta. Él ve en Antonio todo lo que su madre pretendía que fuese y que a él le resultó imposible alcanzar. Y en él personifica a todos los que se atrevieron a considerarlo escoria, un fracasado. Por eso disfruta tanto de su triunfo. Por eso le provoca tanto placer ver la ruina en que Antonio se ha convertido y poder manejarlo a su antojo.

—¿Lo has entendido? —Antonio no reacciona—. ¿Has entendido lo que te propongo o no?

Antonio asiente, haciendo un esfuerzo enorme por sujetarse las lágrimas.

—Me alegro. Y una cosa más. Este es el único camino que te queda para salvar a los tuyos. Si tomaras cualquier otra decisión, te juro que las consecuencias pueden llegar a ser tremendamente desagradables. Así que ahí tienes la solución a todos tus problemas. Ahí tienes tu único camino —dice Paco acompañando sus últimas palabras con un gesto de su barbilla que le sirve tanto para señalar la pistola que ha depositado sobre la mesa, como para mostrar su más absoluto desprecio hacia Antonio. Gira sobre sus propios talones y se encamina hacia la puerta de salida para detenerse ante su matón.

—Tony, quédate con él y encárgate de que cumpla su parte del trato. Yo tengo que irme, me esperan para cenar. —Se vuelve de nuevo a Antonio—. Adiós, chaval, un placer haberte vuelto a ver.

Antonio ni siquiera ha escuchado las últimas palabras de Paco antes de abandonar la habitación. Tampoco ha visto cómo Tony volvía a cerrar la puerta con llave ni cómo se apresuraba a coger su propia arma, para cruzar de nuevo sus manos sobre su grandiosa panza, pero esta vez sujetando esa pistola que le transmite una seguridad total y absoluta. Ese pequeño detalle ha logrado el milagro de convertir a Tony de un portero de discoteca en un mafioso de Los Soprano.

Pero Antonio no se ha percatado de nada. Antonio ha hundido la cabeza entre sus manos y concentra todos sus esfuerzos en no llorar. No puede pensar, no sabe qué sentir,

no atina a ordenar sus ideas que, alocadas y sin control, corretean por su cabeza. Solo tiene claro que no quiere mostrar debilidad a través de las lágrimas. Sobre todo, porque no es miedo lo que ahora siente, sino rabia. Una rabia feroz, que no deja de acumularse en su interior y crecer al mismo ritmo que las palpitaciones que golpean rítmicamente sus sienes. Aprieta los ojos apartando los últimos resquicios del miedo que hasta hace un momento inundaban su alma. Ahora ya no. Ha logrado apartar el miedo. Lo peor del miedo siempre es la incertidumbre, pero cuando ya eres consciente de lo que ocurre, sea lo que sea, se produce, en la mayoría de nosotros, ese cambio de chip instantáneo que nos lleva a enfrentarnos a cualquier cosa. Y, en este instante, superado el miedo, nota que la rabia y la ira lo dominan y desbordan y, si algo ha aprendido a lo largo de los años, ha sido a no actuar bajo los dictámenes de la rabia. El impulso, la ira desatada, la rabia descontrolada nunca han tenido buenas consecuencias. «Así que, Antonio, ya sabes, controla tus lágrimas, intenta apaciguar tu espíritu, frena tu mente e intenta pensar con claridad».

Pero no es fácil. Siente que el tiempo se le escapa entre las manos y debe hacer algo. Y Tony no deja de mirarlo fijamente, excitado por la situación. Paco no le ha dejado salida alguna. Las imágenes de su mujer, Julia, y de Pedro, su hijo, se entremezclan en su cabeza con las palabras de Paco. ¡Pégate un tiro! Es el único camino para salvar a tu familia. «El muy hijo de puta tiene la sartén por el mango, me ha manejado a su antojo para humillarme, ridiculizarme y no darme otra opción. Es mi único camino, mi único camino».